

La Señora de la Magia Mutable

La muchacha batió las manos llenas de dados tan fuerte como pudo, y cuando se detuvo, miró directamente a los ojos a la anciana que tenía delante. Aquellos ojos amarillos, profundos como el atardecer, te dejaban atontado si permanecías más de un segundo mirándolos. La bruja lo sabía, y bien que le sacaba partido. La chica abrió las manos sobre la mesa y el destino en la forma de una docena de dados cayeron sobre el tepate cubierto de inscripciones y coloridos exóticos. La chica, muy despacio, apartó las manos. Ya no dependía de ella. Su suerte estaba echada. Ahora sólo había que leerlo. En ese momento, la bruja, sentada justo en frente, en esa mesa redonda y pequeña, comenzó a contar como si le fuera la vida en ello. Ambas manos se movían de dado a dado, y sus dedos iban contando los valores de los dados al pasar por encima, mientras que, o así parecía, los iba anotando en la cabeza. A la chica le pareció que pasó varias veces por cada dado. Había un dado de cuatro caras, tres dados de seis, un dado de ocho, un dado de diez, tres dados de doce lados, uno de veinte, uno de cien y uno que debía tener incluso más allá de cien caras, y que no tenía números, sino unas inscripciones incomprensibles. Cada dado era de un color diferente, y a la luz de la vela sobre la mesita la escena no parecía verosímil.

- Ciento treinta y dos.- Dijo la bruja escasos segundos después. La chica dudó si era cierto o si se había inventado la cifra, pues a ella le habría resultado imposible contar a tal velocidad.- Pero,- Se dispuso a añadir la bruja señalando el dado que no tenía números.- este dado indica que el valor debe dividirse por tres. Por lo tanto tu resultado es cuarenta y cuatro.- Para la chica, es como si la bruja hablara en otro idioma. Cuarenta y cuatro, pues cuarenta y cuatro. ¿Y eso qué significaba?- El doble cuatro indica valor. No significa que vayas a hacerlo, sólo que eres capaz. ¿Ves el dado de cuatro? En él obtuviste un tres, lo que le quita valor a tu doble cuatro. Pero en los de seis has sacado un cuatro, y dos doses, lo que podría indicar que vas a hacerlo.- La bruja hablaba a toda prisa, sin dejar que la chica razonara su comentarios, sin importarle demasiado. Movía ambas manos sobre el extraño tapete, dirigiéndose a los diferentes dados que iba nombrando, como si todo aquello tuviese un sentido que sólo ella pudiera ver, o que fuera una gran mentira, o que fuese la auténtica verdad del mundo.- En el de veinte, en cambio, ha sido un veinte, máxima puntuación. El dado de veinte es el de la fuerza. Así que si lo haces, es probable que te resulte. Pero hay un problema. Has sacado tres seises. ¿Ves? En el dado de diez, y en dos de los de doce. Eso indica un posible fracaso. Si hubiera sido en tres dados iguales, los de doce o los de seis, yo te aconsejaría que no lo hicieras, pues las consecuencias podrían ser terribles, pero si ha sido en

dos de los de doce y en el de diez... Es posible que no signifique nada, o que te vaya mal. En todo caso, el cincuenta y uno te indica que el azar no está de tu lado, pero tampoco en tu contra. Todo depende de ti. Yo te diría, como consejo personal, que lo hagas, pues sino la duda se acomodará en ti y jamás podrás resolverla. Y los dados te dan valor y fuerza, aunque no te aseguran el éxito.

La bruja se calló, como si aquel veredicto fuera definitivo e inapelable. El destino estaba leído. Pero la chica no había comprendido nada. Fue a hablar, pero la bruja endureció los ojos, *ni te atrevas*, le decían en ese amarillo profundo. Aun así, ella pagaba, ella preguntaba.

- Pero... ¿Si no tengo un destino sobre esta cuestión, cómo puedo resolver el asunto?- Ella lo único que quería saber era si podía ir a ver a un hombre, del que estaba enamorada, y si éste le invitaría a un paseo, o una cena. Pero la bruja no le estaba ayudando nada.

- ¡Sí tienes un destino!- Casi le gritó, escupiendo las palabras de su garganta arrugada.- Todos lo tenemos. Es sólo que el destino no es definitivo. Siempre puede cambiar. Todo depende de lo que tú decidas hacer. Los dados sólo son una herramienta para leerlo. ¿No esperarías una respuesta contundente sobre un futuro incierto, verdad? Eso sería absolutamente ridículo.

En ese momento llamaron a la puerta. La bruja, moviendo la mano, transformó la puerta en una cortina, y quien esperaba abrió un hueco con una mano, como si aquello fuera lo más normal del mundo. La chica de la mesa hasta se asustó.

- Baronesa, sé que no queréis molestias cuando estáis leyendo los dados, pero es vuestra hija, ha venido, y está llorando.

- Dile que me espere en su aposento. ¡Y no vuelvas a molestarme mientras leo los dados!- Y con otro gesto, la cortina se volvió en puerta cerrada. Hasta se escuchó el portazo.- ¿Quieres algo más, insolente niña? Ya he leído tu destino en los dados. Si quieres más, yo quiero más dinero.

- No...- Respondió ella acongojada.

- Bien pues, mi ama de llaves te llevará a la salida.

Ambas se levantaron y la anciana abrió la puerta para dejarla salir. Cuando la chica se hubo marchado, apagó la vela de un soplido y cerró la cámara con llave. Ni se despidieron, la chica se fue y no volverían a verse jamás.

La anciana, una amargada que vivía recluida en aquel caserón antiguo, se dirigió a lo que una vez fueron los aposentos de su hija. Recorrió algunos pasillos de la mansión, sin cruzarse a nadie. A esas horas de la noche ya todo el mundo dormía. Era una vieja reprimida, ya tras años sin cordura. Habitaba en aquel lugar, junto a muchos que junto a ella se habían atrevido a dirigirse.

Unos decían que era una bruja despreciable, mientras otros la consideraban su cuidadora. Muchos acudían a ella para que les enseñara, aquellos que creían tener el don. Pero la mayoría terminaba fallando las innumerables pruebas a las que los sometía, y terminaban aun peor que ella, torturados por sus propias mentes en un intento por dominar un poder de unos pocos. Ella los cuidaba, en su eterno delirio, ya estaban perdidos, y ella no los abandonaría. Vivía obsesionada con la idea de que algún día alguien vendría a enfrentarse con su destino, y acabaría con su vida. Alguna vez había dicho que sería el propio demonio, desde los avernos. Otras veces habló de poderosos hechiceros con ansias de poder... En todo caso, ella era, hasta esa misma noche, la Señora de la *Magia Mutable*. Nadie le quitaba eso. Aunque ella siempre había querido que la llamaran por su título nobiliario, Baronesa de Lis, robado de un marido abandonado muchos años atrás. Éste jamás la añoró, y ella lo sabía. Y sin evitarlo, su poder y su rencor le habían ido transformando en una anciana huraña, desaliñada, gorda y con el más profundo desapego a cualquier otra cosa más allá de los muros de su mansión. No alcanzaba el metro y medio, estaba jorobada y era muy gruesa de caderas. Su figura bien podría haber resultado de una obra de arte grotesca. Sus cabellos, entre un tono rubio y canoso, le caían enmarañados por la espalda y los pechos. Era fea como lo son todas las brujas de cuento, pero no porque naciera horrenda, sino porque el poder desmesurado tenía sus percances. Su rostro y toda su tez estaban tan arrugados como su alma.

Cuando llegó a la cámara, ya vacía salvo por la cama roída donde reposaba Lyda llorando, sintió una punzada de dolor. Aquella emoción se asomó un ápice para después volver a su lugar, en lo más recóndito.

- ¿Qué ha ocurrido, hija? - Le preguntó al acercarse.

- Onírica... Madre, Onírica ha muerto.- Tenía la cara destrozada de llorar. Había derramado tantas lágrimas, que tenía los ojos hinchados y colorados.- Fui al Palacio de los Sueños, y la encontré allí, muerta.

La Baronesa se sentó en la cama junto a ella. Las dos se abrazaron en un impulso.- Sabía que esto iba a pasar.

Lyda se incorporó y la miró muy seria. Había dejado de llorar incluso.

- ¿Qué es lo que sabías, madre?

- Esto iba a llegar.- Recapacitó.- ¿Qué ha ocurrido?

- Encontré su cuerpo bajo una columna caída. No sé qué ocurrió en aquel lugar, pero alguien había acabado con su vida.

Su madre movió la cabeza.- No es la única, admitió. Alguien está detrás nuestro. Me llegó la voz de que Sanae, Gran Chamán de las tribus Chagna, Señora de la *Magia Nocturna*, fue asesinada unas noches atrás. Nadie vio nada. De noche, alguien llegó al poblado y acabó con su vida. Ytheen, la Dama de la *Magia Interior*, cayó antes. En su aldea dijeron haber visto al

asesino, un acechante que se movía como el viento... Y éstas son sólo las que conocemos. Con Onírca van tres brujas muertas. Alguien está detrás nuestro.

- ¿Cazadores?- Preguntó Lyda.

- No... Ellos habrían llegado montando un buen escándalo. Y no habrían sabido llegar hasta aquí. Sus incursiones no alcanzan más que la costa más septentrional de Ûlathar. No. Es alguien mucho más peligroso... Sígueme.- Y la anciana se levantó de la cama, yendo hacia el exterior de los aposentos. Lyda la siguió a lo largo de la mansión. Subieron a otro piso, hasta llegar a la biblioteca. Aun recordaba pasar largos ratos mirando esos libros, deseando que su madre le ayudara a entender. Aquella estancia siempre le hubo maravillado, tantos y tantos libros en un solo sitio, y rara vez pudo leer alguno.

En la biblioteca, la Baronesa fue encendiendo los candelabros hasta iluminar la estancia, y comenzó a pasear buscando algún libro. Paseó por las estanterías mientras acariciaba con los ojos cerrados los lomos de los libros. Mientras, Lyda la seguía envidiándola. Su madre tenía una capacidad que ella no había heredado. Era capaz de absorber el conocimiento de los libros con sólo tocarlos... Pasando sus arrugados dedos sobre los lomos de aquellos libros, podía conocer todo su contenido, sus secretos, todo lo que contaban. Y además, alcanzaba a saber la historia del propio libro, cuándo y por quién fue escrito y las manos por las que había pasado en su largo recorrer hasta ese preciso instante. Lyda jamás lo había conseguido, pero se consolaba con dominar la *Magia Mutable*, desde luego no tan bien como su madre.

La bruja, al detenerse junto a un gran libro, sus dedos lo saltaron, sin querer tocarlo. Entonces dio unos pasos más y se detuvo, habiendo rozado todos los siguientes.

- Lyda, ¿sabes por qué me marché lejos de tu padre?- Le preguntó al darse la vuelta, mirándola con aquellos ojos amarillos.

- Sí...

Pero a ella no pareció importarle y comenzó a narrar la historia.- Fueron tiempos duros.- Y estalló en una carcajada imprevista.- Los cazadores son despiadados. En nombre de sus dioses arden las brujas en el Viejo Mundo, pero aquí podemos refugiarnos. Mi vida a su lado no era lo que buscaba. No, no, no. Y en una de las travesías, cuando el Barón...- La bruja se quedó ensimismada, como pensando en algo lejano y agradable.- Me marché por que no podía serle fiel. Mientras él mataba y violaba por conquistar unas islas, a las que llaman Afortunadas, al norte de la Isla de Nóforo, yo me entregaba en cuerpo y alma a otro...- De nuevo estalló en otra carcajada, pero ésta se fue apagando hasta volverse en un rostro serio, o triste.- Te cuento esto porque llegará el día en que no pueda contártelo. ¿Has hablado alguna vez con el demonio?- Soltó de pronto, a lo que Lyda negó.- Fue en aquella época cuando

yo lo conocí. Primero aquellas voces, tan resueltas y fascinantes... La *Goecia* es un don, hija, y si lo has heredado, lo descubrirás pronto... Él era directo, sabía lo que quería y lo perseguía. Una vez hasta lo vi, y me enamoré perdidamente de él...- Se encogió de hombros.- Pero él jamás me pudo tener. No me convenció, y no me tendrá jamás.

Muchas habían sido las ocasiones en que su madre le había dicho a Lyda que podía hablar con el demonio. Aquella historia la había oído cientos de veces, y siempre le sonaba diferente. Entre las versiones, lo que había en común, eran el despecho y la huida de su padre cuando estaba embarazada de Lyda. Que mantenía conversaciones con el demonio no era nuevo, Lyda incluso había llegado a creerlo, pero que lo había visto era algo que jamás había dicho. Regresaron dos pasos, y la Baronesa fue a tomar un libro, cuando se detuvo.- Hija, quiero darte este libro.- Dijo en lugar de tocarlo.

Lyda fue a tomarlo, cuando se dio cuenta que era aquel grueso tomo que ella no quiso tocar antes. Era muy pesado, y guardaba polvo hasta apestar. Debía ser antiquísimo. Pesaba tanto, que no pudo evitar dejarlo en el suelo. Sus cubiertas eran de madera, forradas con algún cuero que ya estaba seco y se caía. Había un hermoso símbolo dibujado en su portada, sin acompañar a título alguno. Era un dibujo precioso encerrado en un círculo dorado, que en relieve formaba una extraña figura sin sentido. Lo abrió por una página cualquiera, y se asombró al encontrarlas escritas por completo. No había un hueco sin una palabra, no existían márgenes en las hojas, el pergamino había sido aprovechado en su totalidad, y entre palabras que parecían salirse de lo aglomeradas que estaban, había como ilustraciones de lunas que seguían el orden lógico de sus diferentes fases...

- Van buscando este manuscrito. Y aquí darán con él. Así que lo llevarás a buen recaudo. Lo guardarás como a tu vida. Y el día que él acuda a ti, sólo te pido que no te dejes seducir con sus artimañas, su voz gélida y romántica, y sus maneras de buen galante... Te lo advierto, puede llegar a ser muy insistente...

- ¿Qué es este libro, madre?- Sólo pudo preguntar ella, justo antes de soltar un gran hipo, que ambas ignoraron.

- No es un libro, Lyda. Es un *Lunariu*. Lleva dando tumbos por este mundo muchísimo más tiempo del que tú o yo podamos concebir. Fue escrito por Ivette, Diosa del Destino, y ahora debes guardárselo tú.

Lyda no llegó a pronunciar el *qué*, o el *por qué*, o el *ya estás divagando otra vez, madre*.

- No es el único *Lunariu*, en algún lado debe haber otros cinco. Pero éstos no nos atañan. Son manuscritos que describen los miles y miles de ciclos lunares que han transcurrido, contando lo que iba a suceder en su transcurrir. En ellos se podía leer el futuro, lo que habría de ocurrir. Pero hemos llegado al

final de sus profecías. El calendario lunar termina en pocos días. Sí ellos se hacen con el *Lunariu*, estamos perdidos.- Realmente estaba comenzando a divagar. Se rascó la nariz, en extremo afilada, y sonrió, a punto de volver a soltar otra carcajada imprevista, pero se contuvo y volvió a estar seria para hablar.- Cada uno de ellos guarda un secreto. Leyéndolo del revés se podría invocar al demonio...- Lyda sonrió, incrédula.- ¡No lo subestimes! Vendrán a buscarlo, y debes defenderlo con tu vida. No sé qué va a ocurrir cuando se acaben las lunaciones de su texto, pero seguirá en nuestras manos cuando ello ocurra. Prométemelo.

Lyda asintió, cerrando el libro.

- Prométeme además, que si hablas con él no lo escucharás. Hija, él es el príncipe de la Impotencia, y tú no eres valiente... No lo escuches.- Y terminó con pena en su rostro.

Lyda volvió a asentir. Las palabras de su madre eran tan firmes que estuvo segura que se creía profundamente aquel delirio insano.

- Yo te lo guardaré, madre...

- ¡No te equivoques!- Estalló de pronto llevándose las manos a la cabeza.- No me lo guardas a mí. Ahora es tuyo, te lo doy, ahora es tuyo. Ya no lo quiero más. Esto se acabó. Dile de mi parte que es un embustero.

Y con esas, la anciana se dirigió a apagar las velas de la biblioteca. Lyda trató de cargar con el pesado libro, y a duras penas lo consiguió. Para ello debió transformar sus femeninos brazos en fuertes y musculosos, y así lo portó fuera de la biblioteca.

Caminaron sin hablar hasta el recibidor de la Mansión de la Baronesa de Lis, pero Lyda se formuló millones de preguntas en la cabeza, sin nombrar ninguna por no decidirse en prioridad. Cuando fue a soltar la primera, su madre le cortó, despidiéndola ya en la puerta.

- No hay nada más que hablar por esta noche. Acude a tu hogar, hija, y esconde el *Lunariu* en el mejor sitio que encuentres. Defiéndelo bien, pues ahora es tu cometido.- Le dio un beso, y la dejó fuera.- Te lo advierto, puede llegar a ser muy insistente...- Repitió antes de cerrar la puerta y dejarla sola y a oscuras. Otra vez a oscuras...

Lyda quedó unos instantes en la puerta, perpleja. En todo caso, su madre era así. Era mejor no pedir explicaciones hasta que ella se sintiera a gusto explicándolas. Entonces, su cuerpo se transformó en una tremenda águila rojiza. Su espalda se ensanchó curvándose, y sus pies descalzos se volvieron pezuñas afiladas. Sus brazos dejaron caer el pesado *Lunariu* al suelo, mientras que se transformaban en unas alas de gran envergadura. Ya no era una chica hermosa y asustada en la oscuridad, ni un águila rojiza de las que sobrevuelan el volcán, sino un águila gigante de las que ya no quedaban, pues todas habían caído, carnada del Gran Dragón, Mëryl, el Dorado. Tomó el gran libro con sus

garras, con cuidado de no dañarlo más, y emprendió un vuelo a través del fresco aire que le llevó de vuelta a su hogar...

La Señora de la Magia Mutable
Lyda de Lis. Historia de una estatua de piedra
Memorias Olvidadas
Darka Treake
www.modt.net